

de mi Arca, para saber si se «HABÍAN CERRADO LOS MANTIALES DEL ABISMO», me indicó que «LAS AGUAS HABÍAN CESADO DE CUBRIR LA TIERRA», y que era ya tiempo de que yo edificara «MI ALTAR AL SEÑOR».

Sólo una parte publico ahora de este «Mi Diario» que por entero te pertenece y que á ti únicamente interesará en su totalidad. Cuando yo muera, haz del resto lo que mejor te cuadre; desde leerlo á la ligera y olvidarlo, hasta sacarlo á la luz, íntegro, y defenderlo si es atacado. Hoy por hoy, de antemano me alzo de hombros con que la parte que se imprime agrade ó nó, con que la tachen de vacua, de insoportablemente egotista, ET SIC DE COETERIS..... Quédome tan tranquilo como siempre me quedé al venir al mundo mis demás libros. ¡Bah!.....

Juzga tú de mí, sólomente tú, y dentro de tu criterio de hombre.—cuando lo seas,— condéname si crees que lo merezco. Pero atiende esta súplica: si el hombre me condena, que el hijo me absuelva!

Después de que te hayas penetrado de mi fisonomía moral, anda á mi sepulcro, si, conforme á mis anhelos, duermo «EL SUEÑO DE LA PAZ» en nuestra tierra de México; si no, anda á tu memoria,—que, calculo yo, la memoria de un hijo ha de ser el más dulce sepulcro de un padre,—y en la manera cómo poses tus flores filiales sobre la tumba que encierre mis despojos para casi todos olvidados, ó en la manera cómo en mí pienses, lo que hay en mí de inmortal, adivinará tu fallo, y sea éste el que fuere, seguirá velando por tí y bendiciéndote ¡á pesar de la muerte! cual "ahora velo y bendigo, ángel mío, tu inteligente cabecita rubia.

FEDERICO GAMBOA

Washington: 21 de marzo de 1903

MI DIARIO

BUENOS AIRES

1892

7 de mayo—Visito esta noche á una señora que vive con un amigo sin estar casados. Es ella una persona de aspecto distinguido, joven y linda, italiana, y creo que hasta noble. Tomo el té con ellos, y noto que en medio de su exquisita amabilidad, en medio del gran cariño que demuestra por M... hay en ella un fondo de dulce y acentuada melancolía; me complazco en llamarla "señora," y me parece que avalora mi delicadeza.

La llamo así, porque para mí lo es. Hace mucho tiempo que soy indulgente para con las locuras de amor. ¿Por qué no llamarla "señora," si tal vez lo merece de veras?.....

9 de mayo—Acompaño á un conocido mío á la Sección 2a. del Registro Civil, para hacer la presentación de su recién nacida. Voy de testigo. Al preguntarme por mis generales, olvídanse, ó aquí no se estila, de inquirir mi nacionalidad y mi profesión.

La oficina, igual á las de todo el mundo: mezquina, apestando á colillas de cigarro, á polvo y al fastidio de los empleados, más altivos mientras más subalternos. El portero parece el jefe; lee un diario, fuma y suministra informes de mala gana.

No me gusta la estadística, aunque reconozco

su utilidad... relativa. Es triste cosa, por ejemplo, hundir á los que nos vienen y á los que se nos van, en esos abismos talonarios. De la amante categoría de seres queridos, pasan á la de guarismos positivos ó negativos.

10 de mayo—Hace ya un año que tengo á mi servicio á una francesa de los Vosgos, que me ha salido inmejorable. Entrada en años, no hay peligro de que inspire tentaciones á mi celibato. Algunas noches, cuando me sirve el café, después de la comida, la hago charlar; me encanta, por tosco que sea, el buen sentido del pueblo. Esta noche me cuenta que Napoleón III mandó envenenar á Cavour, porque éste, en lugar de repartir unos dineros entre los mutilados de la campaña de Italia de Napoleón I, guardóse aquéllos para su provecho. Muy convencida me lo dice todo, y me obliga á reír por su manera de denominar á Napoleón III: lo llama "l'Empereur III." ¿Dónde habrá oído semejante fábula?

Los martes en la noche, reúnen en mi casa varios literatos. Rafael Obligado, cuya mejor biografía es mencionarlo; Calixto Oyuela, á quien fundadamente se compara a Marcelino Menéndez Pelayo, por su inmensa erudición, rectitud de criterio y exaltado catolicismo; Joaquín V. González, el aplaudido autor de "La Tradición Nacional" y de "Mis Montañas;" Domingo D. Martinto, poeta y sobre todo sonetista casi impecable. En ocasiones, también vienen Juan J. García Velloso, escritor y educacionista español, y Carlos Vega Belgrano, uno de los más altos espíritus que me ha sido dado encontrar por el mundo.

Con objeto de vernos durante la semana entera, hemos fijado nuestras reuniones en la siguiente

forma: Los martes, en mi casa; los miércoles, en la de Oyuela; los viernes, en la de Martinto, y los sábados, en la de Obligado. Hablamos de cuanto nos ocurre, y de literatura muy especialmente; llegando á librar verdaderas batallas en "ismo." Obligado y González, con su americanismo; Oyuela, con su clasicismo; Martinto, con su escepticismo, y yo con mi naturalismo.

Justo es consignar que la reunión de Obligado, religiosamente mantenida de lustros atrás, y por la que han desfilado todos ó casi todos los argentinos y extranjeros, amantes correspondidos ó rechazados de las letras, era la principal y más frecuentada. En ella conocí y traté al Buenos Aires intelectual y artístico de mi tiempo, y á diversos chilenos ilustrados, como de la Barra, Juan Agustín Barriga y Guillermo Puelma Tupper. Débese principalmente, tal importancia, á que Rafael Obligado tiene el raro privilegio de darse á querer de cuantos se le acercan. A pesar de ser, además de millonario en talento, millonario también en dinero, es la modestia andando, y en su gabinete de trabajo, atestado de libros y de unos bustos de yeso muy feos, se olvida uno de que arriba, el hogar del poeta, es un palacio, donde suelen darse (y no empleo "suelen" en el sentido de "acostumbrar,") fiestas de tono con los refinamientos y requilorios de rigor en las grandes casas. En el gabinete, flota una atmósfera de simpatía; se siente uno á gusto hasta para lanzar la paradoja más descabellada, la más disolvente teoría, con la certeza de que Rafael, por más que se supone honradamente un creyente convencidísimo, no ha de enfadarse ni de poner mala cara; á lo sumo, y víctima de sus nervios,—que lo traen siempre inquieto,—abandonará el asiento, encenderá dos ó tres cigarrillos á la vez, y paseándose en la estancia, envuelto en humo, rebatirá con energías lo que acaba de manifestarse. A las 11, que sirven el té, hay tregua.

Digo que Rafael se supone un creyente, y así me temo que suceda, pues más parece un pagano inteligente que maneja el verbo á su antojo, creando cuadros paganos por sus cuatro costados y por sus cuatro costados soberbios. Pero él asegura que es creyente, y no hay que disgustarlo, es tan bueno!

14 de mayo—Leo en los periódicos que nos vienen de México, que los Estados Unidos nos darán las banderas que nos arrebataron cuando la guerra del 47, á cambio de las suyas que nosotros les quitamos en nobilísima lid. Ignoro lo que haya resuelto el Gobierno, y le pido á Dios que se niegue. ¿Qué haríamos con ellas? No es afrentoso el haberlas perdido en el campo de batalla; y en cambio, ahora, nos llegarían mancilladas por su permanencia entre extraños, pobres vírgenes que en un asalto de encrucijada cayeron, contra su voluntad, en manos de brutales salteadores. No regresarían lo mismo que salieron. Si nos las devolvieran, yo las quemaría delante del Ejército, y guardaría la ceniza dentro de una urna, en el centro de la Rotonda consagrada á guardar los restos de los hombres ilustres de México; allí, donde reposa lo que "fué" nuestro y "ya no lo es."

José María Miró, el novelista argentino que bajo el pseudónimo de **Julián Martel** publicó hace poco una novela sociológica, "La Bolsa," que alcanzó un gran éxito, almuerza conmigo y me acompaña toda la tarde. Acaban de licenciarlo en el regimiento de voluntarios á que pertencía; concurrió á las maniobras habidas últimamente y cojea un poco. Es un guapo mozo, de unos veinticinco años, lleno de ilusiones y deseos, no obstante el indiferentismo de que presume.

19 de mayo—Concluyo esta noche de copiar mis manuscritos de "Apariencias." Pienso, al concluir, en la labor que un libro simboliza; en las contrariedades y dolores que nos cuesta; en el amor que nos inspira; en el temor en que nos sume, durante su elaboración, de que la muerte nos sorprenda y deje trunca la obra. Pienso, asimismo, en lo que le espera cuando lo compren; en los lectores que por \$1 ó 2 que pagan, se erigen en autoridades críticas, y allí donde uno se esmeró, en la frase rebelde al principio y que al fin creemos haber vencido, en la teoría noble y levantada, en el efecto artístico, allí ceban su ignorancia vanidosa, allí nos hieren con sus sedimentos de burgueses hipócritas y viciosos. Sin contar á los que le llaman á uno "inmoral," plegando desdeñosamente los labios; ni á las personas graves que declaran sólo leer los libros serios y nunca novelas!....

22 de mayo—Después de almorzar, Belsario J. Montero me hace acompañarlo á visitar á sus hijas en el convento de la Divina Providencia. Muy abrigados, que el frío se explica, nos lanzamos en tranvía hasta la calle de Cochabamba.

Salen sus tres hijitas, las abraza, las besa, y nos sentamos á conversar en un banco del jardín, junto á la farmacia. Un sol de invierno baña la fachada del edificio, penetra por sus ventanas y puerta principal y acaricia castamente una que otra toca de las "hermanas" que asoman de tiempo en tiempo. Por el jardín se pasean algunas educandas, acompañadas de sus familias. De repente, nos dejan solos. Una campana reclama á las alumnas, y las hijas de Montero corren á incorporarse á sus divisiones respectivas; todas éstas desfilan por delante de nosotros, que permanecemos respetuosamente de pie. Las seguimos y nos instala-

mos en la capilla. Se da principio al servicio divino: primero, una plegaria rezada; después, un **armonium**, abajo, con los cantores, y arriba, en el coro, un segundo **armonium** invisible. Mirado el grupo como yo lo miro: las niñas vestidas de negro, con una pluma azul en el sombrero, y resguardadas por las Hermanas de la Caridad, cuyas inmensas tocas se mueven blandamente á cada movimiento de la cabeza, arrodilladas todas, las niñas me parecen tórtolas, gaviotas las hermanas; aquéllas, temblorosas y débiles; éstas, vigilantes, fuertes, blancas. . . Baja del coro un canto, que, en su sencillez, me remueve muchas reminiscencias empolvadas,—¡hace tanto tiempo que no frecuento templos!—las notas que escucho me incitan á la ternura:

—¿Quién canta?—pregunto.

—¡Les huérfanas!—me responden.

Y yo, que adoro á los niños, al saber que cantan niñas y niñas huérfanas, no puedo más. El órgano me arrulla, el incienso me desvanece, y esas vocecitas me retrotraen á mi infancia, á mi madre, al santuario de Guadalupe—donde ella me llevaba—y salgo de la iglesia con lágrimas en los ojos, que hay que ocultar como una mala acción.

24 de mayo—Asisto esta noche al Té que da en Palacio el Presidente Pellegrini. Muy concurridos los salones, pero en la caldeada atmósfera, por entre las cortinas, espejos y luces eléctricas, hasta en las faces sonrientes de los invitados, ese fastidio vago que informa todas las fiestas oficiales del mundo entero.

El Ministro de Chile me presenta al General Canto, el héroe vencedor de la última revolución chilena, de tránsito aquí en su viaje á Europa. A pesar de que se cuentan de él hazafías en los campos de batalla, y de que ha muerto á mucha gen-

te, habla con voz reposada y agradable, sonrío á menudo, y sólo el labio inferior, que de una manera especial contrae de cuando en cuando, así como la mirada acerada y penetrante que por excepción se le escapa, lo obliga á uno á pensar que, en efecto, debe de ser un hombre bravo al frente de sus tropas.

25 de mayo—De uniforme desde temprano. A la 1 de la tarde, al **Te Deum**, en la catedral, para conmemorar la Independencia argentina. No apruebo estas solemnidades "político-religiosas." La presencia de los altos funcionarios, de los militares, del Cuerpo diplomático, de los soldados cubiertos y con armas, ofenden al culto. Es indispensable y es moral que todos los pueblos tengan alguna religión; los gobiernos no debieran tener ninguna. En el templo, sólo debemos orar.

En seguida del **Te Deum**, y en regular procesión, nos encaminamos al Palacio, para presenciar desde sus balcones la parada militar. Un regimiento de caballería, que pasa al trote, lleva varios dragones fuera de filas; y el Ministro de Relaciones, que se halla explicando la revista á la esposa de nuestro decano, dice en són de broma:

—Esos son los dispersos.

31 de mayo—Concurridísimo mi "martes" de hoy. Vienen Joaquín V. González, Rafael Obligado, Soto, Domingo D. Martinto, un pintor bonaerense Schiaffino, premiado con diploma y medalla en París; Calixto Oyuela, Belisario J. Montero y Juan J. García Velloso. Pídenme la lectura de lo que llevo escrito en este "Diario," y Rafael Obligado, al enterarse de que consigno la broma del Ministro de Relaciones, relativa á los dragones que iban atrasados en la formación del día 25, salta de

su asiento, acciona, se pasea por la estancia; asoma su patriotismo exagerado, el insigne cantor de "Santos Vega" me amenaza con la horca.

—El ejército que pintas podrá ser el ejército de la luna, pero nunca el libertador de un mundo, el que mandaba San Martín, el que cruzó los Andes! Pon al fin de la hoja, una nota que diga: "Al oír esto, Rafael Obligado protestó."

2 de junio—Conozco en la casa del Duque de Lignano, Ministro de Italia y decano del Cuerpo diplomático, al celebrado pintor de marinas Eduardo de Martino. Es napolitano, de Sorrento, y aunque lleva diecisiete años de vivir en Londres no ha perdido el sello de su nacionalidad: gesticula y grita cuando habla; menciona á todos los monarcas europeos, á quienes ha pintado uno ó más cuadros; cita á dos princesas que visitaron su taller; nos declara que ha de encontrarse en Londres, á la fuerza, para el próximo 6 de agosto. No hay forma de privarlo del uso de la palabra. Charla, charla con un lenguaje pintoresco y fogoso, soltando frases en dialecto que hacen reír mucho á los que las entienden, y que él traduce luego "in lingua toscana."

Concluye ofreciéndome una tarjeta grabada artísticamente en Inglaterra, para que pueda yo concurrir á una exposición de cuadros, de breve duración, que abrirá aquí dentro de poco.

4 de junio—Conozco á otro pintor, Ballerini, quien, á pesar de haberse pasado en Italia media vida, suspira aún por volver allá y pasarse la otra media, no obstante que es argentino. Esta atracción eterna que Italia ejerce en cuantos la conocen—especialmente entre los artistas é intelectuales—es elocuentísima; demuestra que es el último

reducto de lo bello; la nación que más se defiende de esta oleada invasora que ahoga á los antiguos dioses; que sus ciudades no transigen con lo que representa el ideal de las ciudades modernas y nacientes, en las que el templo se llama "Bolsa," y los monumentos, "Hipódromos."

7 de junio—Pocos concurrentes á mi tertulia semanal de esta noche: Martinto, Schiaffino y Montero.

Mal dispuestos, sin duda, sólo á censurar nos dedicamos.

Yo censuro—y todos me dan la razón—la costumbre que se observa en el cementerio de la Recoleta de esta ciudad, para las inhumaciones. Aquí no entierran (propiamente hablando); hay unas bóvedas subterráneas de fácil acceso, donde se depositan los ataúdes; el dueño del sepulcro puede ver á sus muertos cuando le parezca, con sólo abrir la tapa del cajón... Aparte la ofensa á la higiene, encuentro irrespetuosa y horrible la facultad de ir á presenciar los progresos de la descomposición. Por fortuna, nadie lo hace, que yo sepa; límitase todo el mundo, según entiendo, á depositar flores sobre los cajones mismos, sin siquiera moverlos de sitio.

Hay bóvedas que encierran cincuenta y sesenta ocupantes.

Les narro, entonces,—y certifico la autenticidad del ofrecimiento,—que cierto individuo me dijo en una ocasión en que por enfermo yo, él me visitaba:

—"Si á Ud. le sucediera una desgracia por acá, le aseguro y ofrezco un lugar en la bóveda de mi familia."

¡En todas partes le ofrecen á uno algo!....

9 de junio—Acompañado de Martinto—á quien están imprimiéndole sus "Poesías" en la casa de Peuser,—voy por segunda vez hasta los talleres de la imprenta; y mientras Martinto, con la debilidad imprescindible en todo autor, se extasia, y con razón, ante los cuadernos concluídos que de su libro le muestran, yo elijo el papel especial para los ejemplares de lujo del mío. Llena la mente de ideales y de libros nuevos, que apenas se diseñan en la atmósfera y que nos comunicamos á medias Martinto y yo, abandonamos los talleres y seguimos á pie á lo largo de la avenida de Montes de Oca, en donde codeamos numerosos grupos de obreros, que, la pipa en los labios y la chaqueta abotonada sobre la blusa, debido al mucho frío que hace, se encaminan á sus hogares sin hablar entre sí, con ese silencio meditativo y triste que origina en ellos su ruda labor. Y nosotros, charlamos, charlamos, mientras Venus, allá arriba, en el fondo de un cielo invernal y despejado, dice adiós á la tarde que se muere y parece que sonriera á nuestros libros que nacen.

De vuelta á mi casa, encuéntrome una carta acabada de llegar del Brasil, de mi jefe Sánchez Azcona. Al final me narra cómo murió el Doctor del V... en Río de Janeiro; y es el asunto tan patético, hácele tanto honor á del V...., que quiero consignarlo aquí.

Era del V.... Inspector de sanidad, y comisionado por el Gobierno argentino pasó á Río de Janeiro, hará un mes, después de haber estado desafiando con bravura la temible fiebre amarilla en los lazaretos y estaciones cuarentenarias de este puerto durante todo el verano pasado. Había traído de Europa á una muchacha francesa, que, por seguirle abandonó cuanto tenía. Se adoraban, al punto, que ella vivía con él á bordo de un lazareto flotante estacionado á mitad de la bahía exterior de Buenos Aires. De consiguiente, ni quien pensa-

ra en separarse cuando le ordenaron á él pasar al Brasil. Juntos siempre, instaláronse en un barrio perdido y antihigiénico de la homicida capital fluminense (¡el verdadero amor se halla contento en cualquier parte!) y del V.... dió en el consulado argentino un domicillo supuesto para que no fueran los extraños y los indiferentes—las personas de buena moral!—á enturbiar su dicha. Cumplía concienzudamente con su peligroso deber; de súbito, faltó un día, y faltó cinco. Búscanle donde dijo que vivía y no lo encuentran; ni de nombre lo conocían ahí.... Un desconocido preséntase á pedir la correspondencia del doctor del V....; se le pregunta por la dirección de éste, la suministra, y el cónsul no da con ella. A los dos días, un agente de policía comunica al cónsul que en determinado sitio ha muerto un argentino; van á ver quién era, y resultó ser del V....

Los acontecimientos acaecieron de la siguiente manera: La amante de del V.... cayó con la fiebre amarilla, muriendo de ella en cinco días; por eso se ausentó él del consulado. La atendió como enamorado, sin separársele ni un instante, y al encajarla, le cortó los cabellos para guardarlos como reliquia. En seguida, cayó él con la fiebre también, porque continuó durmiendo y cubriéndose con las sábanas que á ambos cobijaron, á pesar de la enfermedad y de la muerte!.... Enteramente solo, sin nadie que le diese una gota de agua, murió á su vez, á las cuarenta y ocho horas.... ¡Al descubrir su cadáver, encontraron que oprímía entre sus labios exangües la trenza de cabellos de su amada....

Opina Sánchez Azcona que es éste un gran argumento de novela, aunque la tal parecería demasiado romántica, y nadie quizás creería posible el hecho: esa caricia de ultratumba.

Yo, yo no opino nada; quédome bendiciendo al amor que tamaños prodigios engendra!

14 de junio—Paseando por la calle de Florida—que es el boulevard de esta ciudad,—tengo una grata sorpresa: en la vidriera de un repertorio de música no se ven más que ejemplares y ejemplares del vals mexicano "Sobre las olas," de Juventino Rosas. Y aunque el incidente, en sí, no sea sobrenatural, ni mucho menos, á mí me lo parece. Pégo-me al cristal y tarareo mentalmente las armonías de la pieza que me sé de coro; en tropel asáltanme recuerdos de mi tierra, ecos de risas que amo, aroma de días de campo, en San Angel, de noches de baile á que concurrí; siento que la vidriera, no obstante su mutismo, me sonrío y acaricia, y no resisto, penetro en el establecimiento:

—¿De dónde le ha venido á Ud. este vals?

—De Alemania.

—¿Sabe Ud. ya que es mexicano?

—¡Sí, señor!

—Y ¿qué tal? ¿se vende? ¿agrada?

—Comienza á venderse; lo conocen apenas. ¿Ud. viene de México?

—Hace tiempo que vine, pero soy de allá,—digo con orgullo, cual si se tratara de probar que soy compatriota de Wagner....; con todo, querría yo comunicar á Juventino Rosas que su composición ha llegado hasta el Plata, algo es algo!

No obstante ser martes, nadie viene por la noche. Hállome á solas, encerrado en mi saloncito, junto á la chimenea en que arde un sabroso fuego. Sé que es pueril escribir lo que pienso en estos momentos, mas ¿qué importa, si las obras de la índole de "Mi Diario" no son, en definitiva y en la mayoría de sus páginas, sino puerilidades y egotismos?... la chimenea me tiene encantado, porque es mía! las que hasta ahora me calentaron en los Estados Unidos y en Europa, por ser de hospede-

ñas, nunca me satisficieron lo que ésta me satisface.

Bien sabido es que toda chimenea—se ha dicho y escrito tanto—concluye siempre por imponer silencios momentáneos en los que la rodean, así sean muchos, y por monopolizar todas las miradas, que convergen hacia las brasas, aunque en realidad se vuelvan al pasado ó se aventuren al futuro de cada cual. La despótica atracción, á mí me halaga esta noche. Clavo mi vista en los carbones encendidos y miro lo que mejor me parece: mi hogar esfumado en las brumas de la distancia y de la ausencia; rostros caros, familia, niños que me tutean y se me encaraman porque me saben su pariente consentidor; una virgen enamorada cuyos ojos yo sé que me buscan en las negruras de la separación; y luego, algunas facciones de mujeres que me quisieron, alternando con otras de las que me quieren ahora. Todo mezclado, confuso; y yo avivo el fuego, lo atormento y atenaceo, como para que cumpla mi evocación ó para que con su flama la desvanezca y evapore....

15 de junio—En la catedral, á visitar el monumento del general San Martín. Bastante bueno; con una ligera imitación en su urna superior al sarcófago de Napoleón el Grande, en los Inválidos.

Figuran en el zócalo los escudos de las tres naciones á las que San Martín dió vida independiente y propia: Argentina, el Perú y Chile.

Siéntese respeto,—yo, á lo menos, lo sentí,—cerca de estos restos; las glorias de Hispanoamérica nos pertenecen á todos los hispanoamericanos. San Martín, para mi modo de ver, es mucho más grande en su célebre entrevista de Guayaquil, que en todas sus victorias de armas, juntas, al resignar el mando en jefe del ejército libertador en Bolívar,—ese otro astro americano de primera magnitud,—

San Martín, entonces raya en lo sublime; resulta, á más de guerrero egregio, patriota y filósofo! Prescinde de una gloria vana, doma sus ambiciones personales, las que como hombre y como general ha de haber poseído fatalmente, realiza la más grande y difícil de las victorias: ¡vencerse á sí mismo!!! á todo renuncia en ahorro de peligros incalculables para sus países (¡que después de lo ejecutado, no sólo era argentino, era también chileno y peruano!) y manca su obra, y va y muere, solitario, expatriado ¡él, que había derramado patrias! en Boulogne-sur-Mer....

Su vida, su obra y su muerte, enciérranse en dos palabras:

Pro patria!

A la noche, en casa de Oyuela, conozco á Martín Coronado, el aplaudido autor dramático de la Argentina. Manifiéstame su asombro por el movimiento literario que ha encontrado en Buenos Aires, después de cinco años de ausencia. Se marchó al campo, á vivir, con la resolución firme de no escribir más para el teatro. Y ahora ha vuelto, tiene un nuevo drama casi concluído, que hará representar dentro de poco; antes ha de leérnoslo.

18 de junio—En la estación del "Central," á las 7 de la mañana, transido de frío y con una escopeta en mi equipaje.

Parto á una cacería, invitado por el Dr. D. Ernesto Frías, Ministro Plenipotenciario del Uruguay. Vamos con él, Bernard Bedout, Secretario de la Legación de Francia, y yo.

El viaje en el camino de hierro, sin ningún interés; inmóviles nueve horas dentro de un compartimento "reservado." En un punto que se llama Mercedes, almorzamos.

Lleva el Dr. Frías un finísimo pointer, que me atrae por lo obediente y cariñoso.

A entrambos lados de la vía herrada, la Pampa, con poblados y casas intermitentes.

Aguárdannos en el paradero con un carruaje de la "estancia," en la que vamos á alojarnos. (Las "estancias," en la Argentina, equivalen á nuestras "haciendas" en México; aquí se denomina "hacienda" al ganado.)

Ya es de noche, por lo que no me entero ni jota del aspecto de los contornos que vamos atravesando. Llegados á la "estancia," nos sale al encuentro un mayordomo excesivamente urbano, que nos muestra nuestros respectivos aposentos y en seguida nos hace pasar al comedor, en el que se nos sirve improvisado refrigerio. A los postres,—es un decir, ¡qué postres ni qué hojarascas!—manifiesto yo mis viejos deseos de conocer, para con las de mi tierra compararlas, lo más que se pueda de faenas y costumbres campesinas; y mi mayordomo, solícitamente, en cuanto se levantan los manteles, preséntame á un genuino y legítimo "gaucho," que armado de guitarra, cántanos una infinidad de tonadas nacionales: "cifra," "gileya," "gato," "milonga," "balle de dos," qué sé yo cuánto más...

Es este gaucho un tipo soberbio de hombre, físicamente hablando: alto, fuerte, moreno, con buena barba y muy expresivos ojos; con un detalle que siempre me ha seducido en los hombres que lo poseen: mira á su interlocutor con simpática altanería. Su pergeño es el clásico, el que se halla á punto de perderse para siempre, á pesar de lo pintoresco y de lo característico que es: sombrero de fieltro, pequeño y portado un tanto hacia la coronilla, **cranement**; despeinado el luengo cabello que cubre la nuca, medio oculta las orejas y se junta á la barba sedaña, descuidada y neptuniana; chaqueta recia y camisa deshilada; alrededor del cue-

llo, las sueltas puntas desempeñando oficios de guías de corbata, un anudado pañuelo de seda; á la cintura, el "tirador," que es idéntico en el corte y en lo ancho, y en los bolsillos que esconde, á los cinturones de cuero que gastan nuestros arrieros á la antigua,—salvo la profusión de monedas que esmalta el "tirador:" (de plata por lo común,) pesos duros y medios pesos; en ocasiones, oro, doblones, onzas, centenes, si el dueño es adinerado; en la cintura, por atrás, el "facón," que es término medio entre daga y machete, corto para machete y largo para daga, el cual, es fama, sabe el gaucho manejar con rara destreza; los pantalones, amplísimos, tirando á pantalones de zuavo y llamados "chiripá," recogidos á la mitad de la pantorrilla por la bota de potro, que no estila suela ni costuras, que se amolda por desecación al pie y á la pierna—á los que abriga y defiende á maravilla,—desde que se calza por primera vez, cuando se sacrificó el potrillo recién nacido, ó antes, hasta que por inservibles se desechan. La inseparable y necesaria espuela, de ancha rodaja, aunque mucho menor que la de nuestros vaqueros y charros, suele ser de plata. Embrocado ó al hombro, el poncho de vicuña, impermeable, terso, abrigador y á un solo color, por lo general claro, con grandes flecos. Raramente, la manta, de vicuña también, pero más angosta que el poncho y sin bocamanga. En la muñeca, el rebenque, un azote de verga, de plateada empuñadura homicida, rellena de plomo. Por extraordinaria excepción,—la regla es cargarlas á caballo,—las "boleadoras" á la cintura, sobre el "tirador;" tremenda arma arrojadiza, que lo mismo "manea" una res, un caballo, un avestruz, que mata á un hombre; el arma legendaria de los "mazorqueros" de Rosas; uno de los prodigios de la habilidad humana cuando bien se maneja.

Si son como éste todos los gauchos que aún persisten en vivir, deben ser, en efecto, cautivante

tipo masculino de una raza que se va, si no se ha ido ya....

A renglón seguido del gaucho, un hermano del mayordomo, Polinasio de nombre,—¡en serio!—coge la guitarra y nos regala con canciones criollas; nos canta una "millonga" patriótico-narrativa de la revolución del 80. Obligámosle á que la repita por lo que ha gustado á los oyentes aborígenes; la letra les hace cosquillas,—á pesar de lo medianeja que es,—en el inquieto sitio en que nos duele á todos los que de godos descendemos: el sitio de las revoluciones y pronunciamientos:

".... revolcándose en su sangre,
"antes de expirar, decían:
"—¡Viva, viva Buenos Aires!...."

A los pocos instantes, en que Bedout y yo nos alistamos para acostarnos, confíesame Bedout que no ha entendido ni palabra de lo conversado, cantado y reído:

—Et, pourtant, ça avait l'air d'être très drole, pas?....

Doyle por respuesta apagar la vela y aconsejarle que se emboce hasta los ojos. En la habitación reinan las tinieblas y el frío del Polo!

Bedout ha pasado cinco años en el Japón, de secretario diplomático también, é instigado por mí comienza á charlarme sobre aquel interesantísimo país. Cuéntame muchas cosas que yo ignoraba, y muchas que ya sabía, por ejemplo: que nadie toma á mal el que los individuos de las legaciones extranjeras vivan en pequeño serrallo de japonesas: dos, tres ó más, según sus posibles respectivos. Después, háblame con entusiasmo del arte japonés, en el que me parece bastante versado; luego, de los terremotos y de los siniestros que los acompañan. Con espeluznantes detalles nárreme uno, que se tragó varios kilómetros de superficie; gente, ani-

males, árboles, edificios, todo desaparecía dentro de las fauces del enloquecido gigante Atlas. El, Bedout, durante sus cinco años de permanencia, padeció más de ¡¡¡ciento y cincuenta!!!....

Y oír narración semejante al través de las densas sombras del aposento, teniendo que adivinar el rumbo de donde parte la voz que horrores tamaños me cuenta, mientras afuera, en la Pampa incommensurable, silba huracanado viento y un rumor imponente y ronco de caballos en carrera lejana y salvaje, estremece la tierra, prodúceme un pavor artístico, cual si viera yo, con fantástica luz iluminadas, las obras de Edgard Allan Poe, ilustradas por un Gustavo Doré imposible....

19 de junio—(Estancia de "El Dorado.") Levantado desde muy de mañana, bajo una temperatura que haría honor á Irkutsk y sin otros medios para combatirla que los abrigo que hemos traído y el ejercicio corporal á que nos entregaremos luego; de chimenea ó estufa, ni asomos! Los habitantes de la casa, habituados á los extremos de su clima, entran, salen, discurren por el jardinillo cual si se encontrasen dentro de un invernadero, y opinan que la mañana "está fresca." ¡Vaya si está fresca!

Invítanme á desayunar una carne que llaman "churrasco," y renuncio; nunca he podido tomar nada con grasa en las mañanas temprano; reclamo una taza de té.

A poco, instalados en rústico break y diz que en traje de carácter, partimos á la cacería.

Voy resuelto á no cazar, porque no sé y porque a priori me ha repugnado siempre el noble y feudal ejercicio, que, se me antoja, propio exclusivamente de crueles y primitivos, legado de nuestros excelentes choznos, los moradores de cavernas, y

á quienes yo, sin embargo, les beso las manos.... De repente, detiéndose el carruaje:

—¡Ahí están las perdices!...—gritan nuestros guías y acompañantes.

Hay unos segundos caóticos; confundidos, nos precipitamos Frías, Bedout, yo, las escopetas y el pointer "León;" éste último corre frenético, la nariz rozando la hierba, volviendo el rostro hacia su amo.... á unas cuantas varas, párase rígido, sin apartar ya su mirar del amo, inquieta la cola, en el aire la mano derecha, flexionada; una postura inteligente y primorosa. Azúzale Frías, vuela una ave azorada, suenan dos disparos, cae herida la perdiz y "León" viénese á depositarla á nuestros pies sin causarle daño, entre las fauces abiertas, con delicadezas de nurse britana ó de dogo de San Bernardo. Yo he permanecido inmóvil, con mi escopeta cargada; asegúranme los demás que la cacería ha principiado y que el día promete ser magnífico.

No tardan dos perdices más en ver interrumpido su vuelo libre por otros tantos disparos certeros; continúo sin tirar. Entonces Bedout aconséjame, atenta mi virginidad cinagética (ay! la postrimera virginidad que me queda!....) que ensaye yo tirando primero á alguno de los pajarracos de rapiña que por cima de nuestras cabezas rondan las perdices que vamos sacrificando. Me echo el fusil á la cara, disparo, y en lugar de doblar pajarraco alguno ¡por poco me mato!... Inexperto en estos achaques, he disparado simultáneamente los dos cañones de la escopeta.

Resuélvese que nos despleguemos en tiradores, y tócame en suerte el ala derecha; Frías, con su perro, queda en el centro, y Bedout parte por la izquierda. Benito, criado de Frías y caballero en menguado rocín, es comisionado para recorrer la línea y atendernos en lo que ofrecérsenos pueda....